



LOF YU

ABRÁZAME

FUERTE



DESTINO

Capítulo 1

Yo quiero
decirte que te amo
en esta hora cuando
tú tiemblas
y no sabes
por qué.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

A media tarde, en una plaza del centro

—¡Ve tú!

—Pero ¿cómo voy a ir yo, Bea? ¡Es tu cita!

—Por favor, Silvia... ¡Que me da una vergüenza que me muero! ¡Es tan mono!

—Pero si lleváis siglos hablando por el Messenger... ¿Y ahora te da vergüenza?

Silvia mira a su amiga y no se lo puede creer. Hace meses que Bea no deja de hablar de Sergio, de cuánto tienen en común, de lo que le gusta chatear con él casi todas las noches, y de que por fin van a conocerse en persona... Y ahora que lo tiene a sólo unos pocos metros, está bloqueada. ¡Bea! La valiente deportista que parece más fuerte que un roble está paralizada de repente.

—Está bien, ¿qué quieres que haga? —responde Silvia, dándose por vencida.

—¡Ésa es mi chica! —exclama Bea, al tiempo que da un sonoro beso en la mejilla de su amiga—. Sólo tienes que ir y decirle que eres mi amiga Silvia y que te he enviado

porque me he puesto enferma y por eso no he podido acudir a la cita; que, como no tenía su móvil, te he pedido que fueras para avisarlo y no darle plantón.

—Muy bien, Bea, escúchame —le dice Silvia mirándola directamente a los ojos—. Sólo quiero que te lo pienses una vez más. Llevas semanas esperando este momento. ¿Estás segura de que no quieres ir?

—Me gusta mucho, Silvia —confiesa su amiga con los ojos temerosos—, y tengo miedo de que esto no funcione. ¿Y si no le gusta mi voz, o no resulto tan divertida como cuando chateamos? ¿Y si no le gusto?

—Pero ¿cómo no le vas a gustar? Con lo preciosa que eres —replica Silvia para subirle la autoestima pero, sobre todo, porque lo cree—, y con ese tipazo que tienes.

—No sé, Silvia... Hoy no, ¿vale? Prometo quedar con él otra vez y ser más valiente, pero hoy no, Silvia. Por favor.

Silvia mira a su amiga y suspira.

—Lo haré —responde en tono tranquilizador.

Bea abraza muy fuerte a su amiga.

—Anda, quita, lapa; déjame, que tengo una misión —dice Silvia con guasa y guiñándole un ojo.

Unos minutos después, en el mismo lugar

Sergio mira el reloj: Bea se está retrasando. Empieza a pensar en lo que le ha dicho su primo Manu: que era tonto por quedar con una chica a la que no conoce, que probablemente le daría plantón, o ¡que la foto que le mandó era falsa y que, en realidad, se trataría de un hombre! Pero no hay que hacer demasiado caso a Manu: es de esas personas que creen que todos los que están en Internet son unos tarados. En cambio, Sergio piensa que Internet es exactamente igual que el mundo real. La única

diferencia estriba en que empiezas conociendo a la gente desde dentro, y lo último que descubres es el físico. No es que la belleza de Bea no le importe, por supuesto que sí, pero en los dos meses que llevan chateando le ha demostrado que tiene un buen fondo y que es una chica legal, y eso sí que lo tiene en cuenta.

Pero la muchacha se está retrasando. «¿Y si Manu tiene razón y, al final, Bea me deja plantado?», piensa Sergio. Justo en ese momento ve a una chica acercarse a él.

«No es Bea, a menos que se haya teñido el pelo o me haya mentado», piensa Sergio. Bea es rubia como Cenicienta, y delante de él tiene una morenaza de mucho cuidado. Mira a un lado y a otro, y la chica se sigue acercando.

«¿Y si no tuviera nada que ver con Bea? ¿Y si resulta que he ligado? Antes ha pasado un grupo de chicas y se han quedado mirándome entre risas. Pues si he ligado..., ¡a buenas horas! Como ahora llegue ella y me vea hablando con otra chica..., ¿qué pensará?»

—Hola —dice Silvia acercándose a él. Sergio se queda mudo—. Vaya, ¿se te ha comido la lengua el gato, o es que en tu casa no saludáis?

Sergio no se lo puede creer. «¡Qué chica más graciosa!»

—Pensaba que te habías equivocado de persona; perdona.

—Tú eres Sergio, ¿no? —pregunta Silvia.

Eso lo descoloca. ¿Quién debe de ser esa chica que no le suena de nada pero que sabe cómo se llama?

—Sí. ¿Y tú? Porque no tengo el placer de conocerte... ¿o sí? —Sergio piensa en la posibilidad de que Bea le haya mentado en cuanto a su físico, y que sea ella en realidad.

«Vaya —piensa Silvia—, por fin despierta.»

—Soy Silvia —responde ofreciéndole la mano—. Amiga de Bea.

Eso tranquiliza a Sergio, que sigue callado, atento a lo que va a decirle la chica.

—Bea se ha puesto enferma esta mañana, algo no le ha sentado bien, y por eso no ha podido venir a la cita. Me ha pedido que viniera. Como no tiene tu móvil... —Silvia calla; el chico parece algo decepcionado.

«Claro, pobre, si tenía la mitad de ganas que Bea de tener esa cita, ¿no me extraña!»

—Bueno... Pues otro día será, ¿no? —contesta el chico.

Silvia no puede evitar fijarse en su físico. Es bastante moreno, y el color de sus ojos es... ¿gris? ¿Gris verdoso? Tienen un color algo indefinido. Es bastante alto, o quizá lo parece más porque es delgado. El pelo, corto y lacio, le cae un poco por la frente y le da un aire misterioso. Lleva camiseta y pantalones vaqueros, va muy normal. Deportivas modernas. Y un collar de cuero en el cuello con un par de piedras, el típico que te compras tras un viaje veraniego de fin de curso a alguna isla. El chico no ha sonreído nada desde el encuentro, pero a Silvia le cae bien. Parece majo.

—Bueno... —repite el chico, alicaído.

—Oye, que Bea siente un montón no haber podido venir, ¿eh? Lo estaba deseando —dice Silvia, para proteger a su amiga.

La cara de Sergio se ilumina un poco.

—Yo también tenía ganas de verla —confiesa, a la vez que le regala una bonita sonrisa.

—Bea es una chica genial, ya verás. En cuanto se recupere, os conoceréis de una vez —le anima Silvia.

—Sí, lo sé. Esta noche la buscaré en el chat. Gracias por todo... ¿Silvia?

—Sí, Silvia.

Ambos se quedan callados, mirándose y sonriendo. Silvia nota que se sonroja. ¿Por qué?

Intenta quitar hierro al asunto.

—Vaya, ha pasado un ángel.

—Y que lo digas —se ríe él.

—Bueno, pues ya está, sólo venía a decirte eso —aclara ella tapándose las mejillas con las manos.

—Sí.

—Pues encantada.

Silvia hace amago de irse, pero la voz de Sergio la detiene:

—¿Hacia dónde vas?

—¿Qué? —La pregunta pillá por sorpresa a Silvia. Mira en dirección a Bea, que supone que debe de seguir escondida tras el quiosco de revistas, junto a la parada de metro—. Bueno..., eh... Cojo el metro —dice, con la voz entrecortada.

—¿Dónde vives? —pregunta el chico. La pregunta vuelve a coger desprevenida a la chica.

—Esto... Muy lejos; muy, muy lejos, sí —miente ella.

A Silvia no le gusta nada mentir, y se siente muy incómoda. Se vuelve a poner roja y no sabe qué decir. Sergio se ríe y pregunta:

—¿Qué es muy, muy lejos para ti?

Silvia no sabe qué responder. ¿Le miente? Pero si le miente y se empeña en acompañarla, o algo, puede acabar en la otra punta de la ciudad y con un lío de los gordos. ¿Le dice la verdad? Sí, le dice la verdad. Y la verdad es que Silvia vive bastante cerca del centro. Sergio vuelve a reírse.

—Sí que está muy muy lejos, sí... —contesta él con ironía—. Anda, te llevo en moto.

Y, sin esperar a que ella responda, Sergio empieza a andar.

—¡No, no! De verdad que no hace falta. Si me apetece caminar... —vuelve a mentir la chica.

—No seas boba, es lo mínimo que puedo hacer por ti, ¿no? Después de todo, tú has venido hasta aquí sólo para

avisarme. —Sergio la mira muy serio—. Repito: es lo mínimo que puedo hacer por ti. Además, así gano puntos con Bea —añade, y le guiña un ojo.

Sergio cree que conoce muy bien a Bea, pero no es cierto. Si lo fuera, sabría que no es buena idea llevar a Silvia a casa. Bea es muy buena, pero, como la mayoría de las chicas de su edad, es insegura, y a veces las chicas inseguras pueden ponerse muy celosas.

Silvia no encuentra ninguna excusa para rechazar el ofrecimiento y, mientras Sergio se dirige hacia su moto, ella mira en dirección al quiosco y le hace un gesto de impotencia a su amiga Bea, que la mira con cara de: «¿Qué está pasando? ¿Qué hacéis?». En ese momento, Sergio se da la vuelta y le dice:

—¡Vamos! —La seguridad con la que habla abrumba un poco a Silvia—. ¿Subes?

Ella duda. Sergio interpreta que la moto le da respeto y le ofrece la mano para ayudarla. Sube a la moto y se coloca el casco. «¡Quién me mandaría hacer caso a Bea! Bueno, tampoco es tan grave; en quince minutos estaré en casa, la llamaré, le contaré lo majo que es su chico y nos reiremos de todo. Espero», piensa.

—¿Lista?

Silvia asiente y Sergio enciende el motor.

Bea está que trina. «¡Silvia se ha subido a la moto de Sergio! ¡Seguro que se lo ha ligado! No, Silvia nunca haría una cosa así... ¡Es una de mis mejores amigas! Pero... ¿y entonces?» Bea no entiende nada. Ha seguido todo el encuentro de su amiga con Sergio y... ¡¿se van juntos?!

Observa cómo el chico arranca la moto y, cuando los pierde de vista, se marcha a casa un pelín agobiada, pensando que tal vez haya sido demasiado cobarde.

La moto arranca y la sacudida echa a Silvia hacia atrás, por lo que, de manera instintiva, se sujeta al chico.

—Abrázame fuerte —dice Sergio, riendo.

Al decir eso, el chico aprieta con sus manos los brazos de Silvia, que están bien agarrados alrededor de su cintura. Un escalofrío le recorre la espalda al hacerlo. A su vez, ella siente un ligero cosquilleo en la barriga.

Capítulo 2

Me miran con tus ojos las estrellas más grandes.
Y como yo te amo, los pinos en el viento
quieren cantar tu nombre con sus hojas de alambre.

PABLO NERUDA

Minutos después, en casa de Silvia

Las fórmulas ya le bailan a David. No da más de sí, lleva toda la tarde del viernes estudiando para el examen de física. Y no es que no se lo sepa, pero le gusta ir seguro a los exámenes. No ha suspendido jamás; de hecho, nunca ha bajado de notable. Su hermana Silvia suele burlarse de él, y lo llama «empollón». Pero ella también se toma los estudios muy en serio. Vendrá de familia.

David consulta el despertador digital que ha dejado encima del escritorio para ir controlando el tiempo: falta media hora para que Nacho se pase a buscarlo y vayan al Club. Han quedado con Nerea y con otros chicos de la facultad.

De pronto, suena un pitido de entrada de un SMS en su móvil. Lo coge y lee:

¿Puedes decirle a Silvia que estamos en el Club? No responde al teléfono. ¡Gracias! Ana.

David relee el mensaje. ¡Ana! Es una de la mejores amigas de su hermana Silvia, pero también es una chica

que le gusta mucho. Ella no lo sabe, y David no quiere que lo sepa. «¡Qué ridículo, cómo se reirían de mí esas niñas si supieran que estoy colado por una de ellas! Bueno, colado... Me gusta, pero es una niña. Yo tengo veinte años, y no puedo andar con niñas de dieciséis. No estaría bien. Y encima Ana, que es una más de la familia. La de veces que habrá venido a estudiar a casa con Silvia, y hemos coincidido para merendar; las noches que se habrá quedado a dormir y habremos visto una película los tres juntos...» Aunque David es consciente de que se trata de una historia imposible, no puede evitar fantasear con ella. Muchas veces se queda colgado leyendo un libro de química, y su imaginación vuela pensando en la pequeña Ana y en todas las cosas que tienen en común a pesar de la diferencia de edad.

Los dos son morenos y altos. Los dos son personas serias pero tiernas a la vez y, aunque ella es de letras y él de ciencias, David está seguro de que sería una buena pareja para ella. Pero rápidamente se saca todas esas fantasías de la cabeza y se horroriza de tener esos sentimientos. Es hora de vestirse. Cierra el libro de química y se prepara para la ocasión.

Mientras, en el Club

Ana acaba de enviar el mensaje.

—¿He hecho bien, Estela?

Ana no está segura de lo que acaba de hacer. Se ha dejado convencer por su amiga, que es muy atrevida, pero ella no es tan lanzada y se siente un poco extraña.

—¡Pues claro que sí! —responde Estela con rotundidad—. Lo importante es que sepa que estás aquí.

Sí, ése era el plan. Hoy las chicas se han dividido para llevar a cabo diferentes misiones: Silvia acompañaba a Bea a su cita con Sergio, y Estela acompañaba a Ana al Club para que se hiciera la encontradiza con David. Y, para asegurarse de que el chico supiera que Ana acudiría al lugar, han urdido esa pequeña artimaña de mandarle un mensaje haciendo como que buscaba a su hermana. Al menos, ahora David sabe que Ana va a estar allí. A lo mejor David iría de todos modos, aunque no tuviera ningún interés especial en Ana, sólo porque ha quedado con sus amiguetes de la facu; pero lo que está claro es que si David cambia de plan, entonces Ana... no tendrá nada que hacer.

«Pero David vendrá; claro que vendrá», piensa Estela, a la vez que mira la hora en el móvil con una mano y se muerde las uñas con la otra.

Eso tienen las *Princess*: se agarran a la esperanza, por pequeña que sea.

Las *Princess*. Puede parecer un mote de grupo muy infantil, pero los motes de «princesa» las hacen sentir especiales y, al mismo tiempo, las definen bastante bien.

Silvia es Yasmin, ya que es la más morena de todas, y la más lista. Sabe escuchar, y siempre está cuando la necesitan. Su problema es que no sabe pedir ayuda, y le cuesta abrir su corazón y explicar lo que le pasa. Sabe guardar secretos. Es muy honesta, y no miente nunca.

Bea es la más guapa de todas, y por eso se ha quedado con el apodo de Cenicienta. Rubia y con los ojos azules, a veces provoca envidia entre las chicas del instituto. Es deportista y sana. Le gustan los motos, el fútbol e ir en bicicleta por la ciudad. Tuvo un novio llamado Pablo, que le hizo mucho daño, y le cuesta confiar en los chicos. Es de esas chicas que, por desgracia, creen que todos los hombres son iguales.

Estela es Aurora, la Bella Durmiente, por una razón muy simple: es la que desprende más magia de las cuatro. Es la menos guapa, pero la que tiene más personalidad. Le gustan los *piercings*, los tatuajes y teñirse el pelo. Cada mes lo lleva de un color distinto. Ahora toca rojo y rastas. Es la más atrevida de todas. Es divertida, irónica y muy rápida. Una luchadora nata. Si quiere algo, va a por todas. Por ello, todas las amigas le piden consejo sobre asuntos amorosos.

Y por último está ella, Ana, a quien han apodado Blancanieves por su piel de porcelana, su melenita negra y su dulzura. Muy ordenada, es la más tímida de las cuatro amigas. Joven pero muy reflexiva, escribe un blog que tiene mucho éxito. Sueña con ser escritora de mayor, y está locamente enamorada de David.

Ana está nerviosa. Se ha puesto muy guapa. Más que guapa, *sexy*. Algo nada normal en ella. Se ha pasado la tarde en casa de Estela sacando ropa de los armarios y maquillándose. Se siente rara. Lleva una minifalda y un escote demasiado generoso para su gusto. Pero la que entiende de hombres es Estela, y su misión es que, por una vez, David no la vea como a una niñata. Que la vea con otros ojos...

«Eso si viene», piensa ella.

En ese mismo instante, en un semáforo de la ciudad

Silvia sigue agarrada de la cintura de Sergio. El cosquilleo que tiene en la barriga no puede augurar nada bueno. No debería sentir eso: ¡es el chico de Bea! Bueno, no es exactamente el chico de Bea todavía, pero va a serlo seguro, en un futuro cercano. Además, ¡no lo conoce de nada! No puede gustarte alguien así, ¡bum!, de repente.

¿O sí que puede? «Mira que como sea esto a lo que llaman flechazo...» No, no, está haciendo una montaña de un grano de arena. Ni flechazo ni nada. Sólo ha sido la impresión que le ha producido la moto, y que él la cogiera. No está acostumbrada a eso. No ha tenido novios. Ni uno. Eso es algo que le preocupa mucho, aunque nunca lo reconocerá en voz alta.

«¿Qué pensaría Sergio de mí si supiera que nunca he besado a nadie, que nunca he dado mi primer beso de amor? ¿Creería que soy una reprimida? ¿Una mojigata, como dice Estela? ¡Qué vergüenza! Pero... ¿por qué quiero aprender a besar ahora? Total, ¡a quién iba a besar! A Sergio no, está claro... Sergio está prohibido. Sergio es el novio de Bea. Bueno, no es su novio. Pero casi. Ni hablar, Sergio no. Entonces, no necesito aprender a besar. No. Pero... ¿cómo besaré Sergio?»

—¡Silvia! —dice Sergio, dándole una palmada en el muslo—. Ya hemos llegado.

Silvia despierta de su ensoñación y contesta tartamudeando:

—E-eh... Sí, sí...

—¿Es aquí donde me has dicho? —pregunta él al ver que Silvia está como despistada.

—Sí, sí —responde ella bajándose de la moto.

Mientras, en el Club...

—Ana, no te vuelvas ni te pongas nerviosa —susurra Estela—; David acaba de entrar por la puerta.

Evidentemente, Ana se pone hecha un manojo de nervios en cuanto oye esto.

—¡Me tiembla todo, Estela!

—Tranquila, ¡estás guapísima y, cuando te vea, se va a caer de culo!

—¡La que se va a caer de culo en medio segundo soy yo, Estela! ¡Qué nerviosa estooooooy! —exclama Ana.

—Pues ya se te puede estar pasando, porque viene hacia aquí.

—¡¡¡¿¿¿QUÉEEEE???!!!

—Que te calles ya y te tranquilices, que lo tienes casi detrás.

Sin pensarlo, Ana se vuelve y se encuentra frente a David. Levanta la mano y mueve los dedos en señal de saludo. «Parezco mema», se dice. Él se acerca. La mira y, sorprendido, dice:

—Ana, ¿eres tú? ¿Qué te has hecho?

«Mierda —se dice Ana—, lo sabía, no le gusta.»

Con una sonrisa forzada contesta:

—Nada, las chicas..., ya sabes..., siempre nos arreglamos para salir.

—Claro, acostumbrado a verte por casa casi siempre en chándal... —dice el chico sin poder evitar la cara de alucinado.

«Madre mía, está impresionante. Tan impresionante que quita la respiración», piensa él. Y, como no sabe qué más decir, añade:

—No he visto a Silvia, no he podido darle tu recado.

—No te preocupes —responde ella con un hilillo de voz.

—¿Qué? —pregunta David.

Ana carraspea para aclararse la garganta.

—¿Estás bien? —se preocupa el chico.

—Sí, sí; el humo, ya sabes —contesta Ana, haciéndose la loca.

David sonrío. Y aclara:

—Ya no se puede fumar en los locales.

Ana se quiere morir. «David debe de pensar que soy tonta de remate. Lo que daría por estar en casa de Silvia, con mi coleta de siempre y mis mallas.» Allí, en el Club y vestida de Estela, no se siente tan segura. Lo que sí se siente es muy niña. Una niña que aparenta ser mayor, pero una niña al fin y al cabo.

—No, bueno, es que... he fumado un poco antes de entrar, y por eso... La garganta —se excusa, señalando su cuello.

—¿Fumas? No sabía que fumaras... No te he visto fumar nunca —afirma David, bastante sorprendido.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí... y sólo han sido un par de caladas —se justifica ella, sin darle importancia.

—Pues no deberías fumar. Créeme. Luego no podrás dejarlo —responde el chico en tono paternal.

Ana no sabe qué contestar pero, por suerte, una voz femenina los interrumpe:

—¿Quién es esta cría? —pregunta una chica que se cuelga del brazo de David.

Éste se vuelve hacia la desconocida y responde:

—Una amiga de mi hermana.

Y, antes de que pueda presentarlas, Nerea (que así se llama la chica) dice:

—Y qué, ¿te vas a quedar a hacer de canguro, o te vienes a bailar conmigo?

David mira a Ana, pero Nerea tira de él hacia la pista. Ana se vuelve de espaldas para que él no vea que está a punto de echarse a llorar. Y no es porque David no la quiera, que también (aunque ella no lo sepa aún), sino más bien porque no se siente ella misma. En seguida le asalta una idea de entrada para su blog, que colgará cuando llegue a casa.